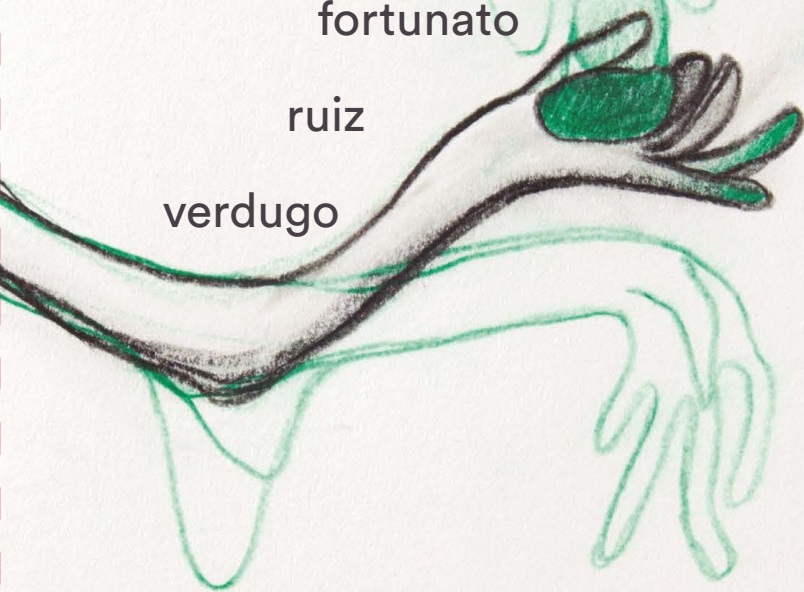


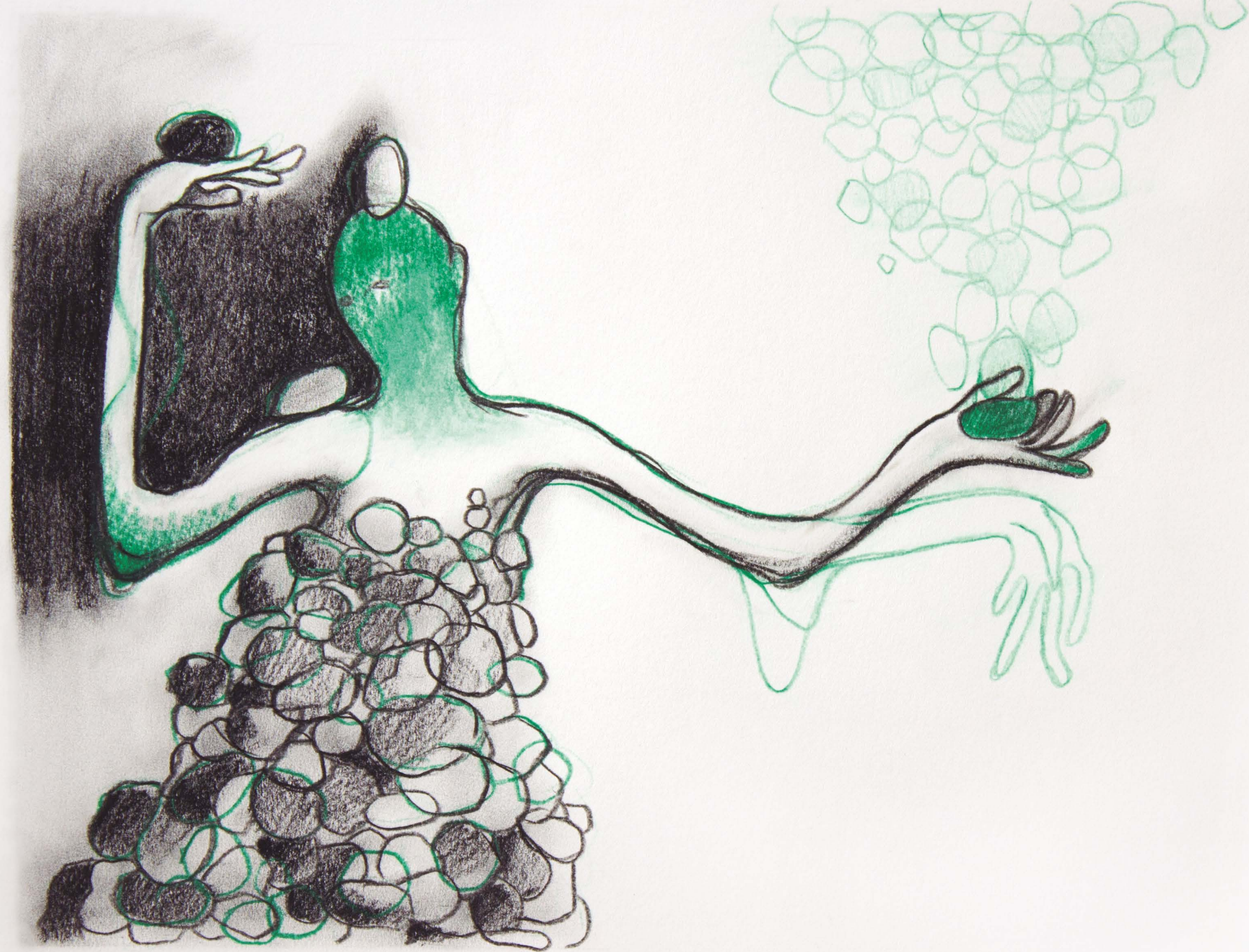
presencias invisibles

afortunado

ruiz

verdugo





Primera edición: diciembre 2020

"presencias invisibles"

D. R. © Fortunato Ruiz Verdugo, "presencias invisibles"



De la edición:

Licencia Atribución-NoComercial-SinDerivar 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

Se permite copiar y compartir esta edición por cualquier medio, siempre y cuando no se haga con fines comerciales, no se modifique el contenido, se respete su autoría y esta nota se mantenga.

Editado por ~~sintitulo~~

Calzada Central 45 [3] Ciudad Granja 45010

Zapopan, Jalisco, México

Editor en jefe: Alejandro López Morales

Cuidado de la edición: Fortunato Ruiz Verdugo, Alejandro López Morales

Corrección: Olivia Argelia Chávez Pérez, Sarah Medina Delgado

Diseño y composición: Mónica Pelayo, ~~sintitulo~~

Terminados de impresión: Impronta y Gráfica 414

Arte y viñetas: Edgar Cobián

Arte de cubierta:

Edgar Cobián (1984)

"Musgo", 2020

Lápiz de color sobre papel

21.7 x 29 cm

La impresión consta de 200 ejemplares, con 20 ejemplares numerados y firmados.

ISBN: 978-607-59587-1-2 / ISBN colección: 978-607-59587-0-5

Impreso y hecho en México / "Printed and made in Mexico"

colección



NUEVA LITERATURA DE OCCIDENTE

www.sintitulo.mx

presencias invisibles

fortunato

ruiz

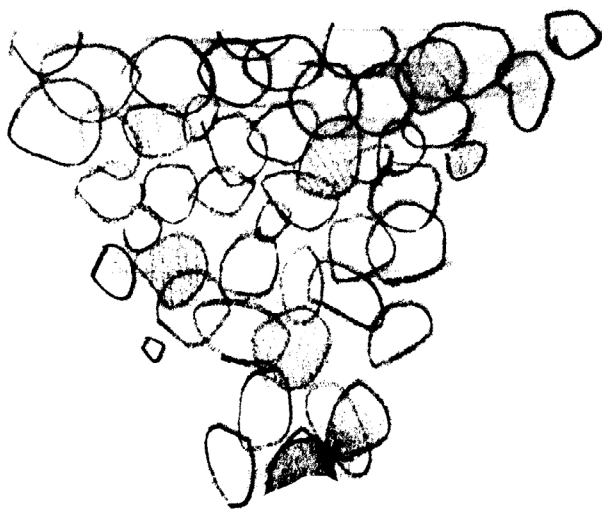
verdugo

~~sintitulo~~

Índice

Ausencias para un juego nuevo	11
Eres mis ojos corazón	25
El fin de la vigilia	41
El lugar más seguro del mundo	49
La piedra del venado	59
Adriana en mi laberinto	71
La puerta fugaz	85

x



Ausencias para un juego nuevo

Heraclio despertó en la madrugada vencido por el instinto. El sueño le indicaba que moriría de ansiedad si aguantaba un segundo más dormido. No podía perder el tiempo bajo las sábanas. Tenía que pensar en sus vidas, en las cosas que en el día a día se perdían. Alejandra estaba a su lado durmiendo lánguidamente, presagiando la ausencia. Quiso voltear a verla pero le tenía miedo al abismo. Mareado se alejó. Ella, casi sonriente; casi a pierna suelta, lucía ajena y hermosa como las cosas que se han perdido para siempre.

Se fue a la sala a fumar. El cigarro lo mantenía unido a un mundo que en el sueño se le anunciaba cercano al estrago. Era una revelación, un intenso dolor sacudiéndolo. Acertaba a recordar parte del sueño y las señales eran claras. Únicamente tenía que escarbar entre las llagas de la memoria para saber que era de nuevo Alejandra. La misma mujer que un día abiertamente le obsequió entero su destino y ahora como otras veces le

daba el beso de la ausencia, la caricia del vacío. Quiso pensar que sería un breve abandono, la idea flotó por un rato en su cabeza y le abrió los ojos a la fe, entonces el humo aprovechó y los pobló de llanto.

Amanecía cuando la vio venir por la escalera removiéndose el cabello. Se sentó junto a él y recargó en sus hombros el sueño para dormir de nuevo. Él no se atrevió a decir nada y permaneció quieto. Unos minutos después ella despertó con cierto ánimo que la obligó a estirarse y le dio oportunidad a Heraclio de moverse. Preparó café y lo bebieron en silencio. No hablaban ni entre ellos, ella sumergida en sus ideas y él esperando que el sueño hubiera sido un simple sueño. Fumaron sin ganas arrellanándose en el sillón lentamente. Él de pronto se atrevió a decir algo, pero ella nada. El silencio volvió a la sala y abrió su manto. Envueltos, no cambiaron de posición y siguieron fumando. Ella apagó el cigarro y cerró los ojos. Él miraba la sala comprobando que las cosas estuvieran en su sitio. Entonces escuchó un son áspero, ella roncaba. En ese momento se atrevió a mirarla, el son raspaba al silencio y las cosas que aún seguían en su sitio vigilaban a Alejandra que ajena se perdía en el descanso.

La había visto despertar en el silencio algunas veces y siempre era lo mismo: dejar correr un poco de humo, permitir que la soledad la envolviera dos o tres días sobre el sillón del estudio y que el olor intenso a manzana verde la representara sigiloso y mudo. Ideales gotas, tibias e imaginarias, rodarían por el cristal vespertino de sus mejillas. Poco a poco entonces, abriendo el cascarón a punta del olvido, su sonrisa aparecería de nuevo ante la luz, como una epifanía.

Los niños tenían que ir a la escuela. Él los arregló mientras les explicaba que ella quería estar en silencio y a solas. No entendían bien las cosas, para ellos su madre era una especie de felicidad que ahora no comprendían. La observaban con sigilo y respeto tratando de no perturbarla. Con recelo más que natural evitaban verla a los ojos cuando pasaban frente a ella. Se despidieron lanzándole besos desde lejos, alimentando la esperanza de recuperarla por la tarde. Ella al parecer los veía desde la sala, pero no hizo ningún gesto. Se alejaron rumbo a la escuela transitando por una mañana helada y saturada de neblina. La casa, a los niños, les parecía cubierta de algodones de vapor y con la distancia se les fue perdiendo gradualmente de vista.

Después de llevar a los niños regresó a casa. No tuvo que buscarla, todo empezaba a oler a manzana verde y ella estaba frente a la ventana. Miraba un horizonte primitivo que con toda seguridad crudamente inventaba. La vio desde lejos (evitando acercarse a la fuente del olor que siempre lo aturdiría hasta perder el conocimiento), la supo inquieta, como si tuviera que decidir entre seguir o no seguir; entre adentrarse o regresar. Cobró valor y se acercó dejando que las cosas lo anunciaran previamente; sin embargo nada lo hizo notable, ni el carraspeo clásico ni la pregunta obligada sobre el clima helado. El aroma comenzó a producir efectos en su ánimo. Entonces traspasó el límite de sus fuerzas y, para que ella volteara, la tocó en el hombro. Lo miró de pronto, insegura. Las imágenes, al parecer, no estaban tan definidas para ella. Él parpadeó como dando el pellizco de la vigilia y ella sonrió abriéndole con eso las puertas a la ilusión.

Por un momento pensó que todo había terminado. El olor a manzana se iba marchando. Parecía que súbitamente ella volvía y todo era como siempre. Ahora había que traerla cuidadosamente hasta las cosas diarias de la vida. No soltarla, encaminarla hasta el presente a fuerza de ternura y firmeza. Primero decir algo, cualquier cosa. Reforzar el lazo de la sonrisa. Los niños se fueron a la escuela, el café está listo en la cocina. Decirlo con calma y entereza, como una verdad absoluta, usar la dulzura, angelical, como si nada, algo tirado accidentalmente al piso. Los niños se fueron a la escuela. Dejar un breve lapso, ella vendrá confiadamente a las palabras. Calma, hay quien enmudece al desconfiar. Duda ante la casi indiferencia de Alejandra. De nuevo: el café está listo en la cocina. Nada, ni un leve respirar entrecortado ni un parpadeo fuera de orden. Con la sonrisa intacta seguía en el silencio. Entonces él dejó de pensarlo porque nunca era tan fácil. Tal vez por la tarde, calma. Toda la casa se enroló en la cautela y el olor regresó furtivamente. Heraclio se sirvió un café dejando que la mañana extendiera sus dominios. Ingirió un sorbo y el líquido viajó, desde la boca al estómago, quemando consistentemente.

Camino al trabajo se relajó pensando en que por la tarde las aguas regresarían a su cauce. Hacía tiempo que había olvidado aquella sensación de ausencia y ahora se la encontraba por allí escondida bajo el asiento, inquieta y divertida. Los asuntos del molino lo ayudaron a olvidarla por un rato; pero después de unos momentos regresaba de nuevo, insistente y dilatada. Era una llaga (un recuerdo pudriéndose) poblada de gustos ajenos, de caminos ignotos, de anhelos vitales que recobraban un cuerpo perdido hacía tiempo. Era el amor desprendido,

arrancado a fuerza de olvido. Era la imagen de Alejandra persistiendo, recorriendo el camino hacia su alma, regresando hasta sí misma a través del amargo silencio de las cosas.

Se apresuró a llegar a casa con la idea de amortiguar el efecto que Alejandra causaba en los niños. Llegó antes; pero no evitó el desconsuelo de ambos por ella. El menor se mantuvo en un silencio que se le hizo insoportable hasta que reventó en lágrimas. El mayor, más acostumbrado a las ausencias (así le habían explicado los alejamientos de su madre) permanecía callado imaginando que se trataba de un juego nuevo, uno que no alcanzaba a comprender porque las reglas no estaban expuestas del todo y la diversión por lo tanto le era inalcanzable. Después de la comida los niños se dedicaron a correr por el solar mientras Heraclio buscaba la forma de acercarse a Alejandra; aunque antes de hacerlo fumó un cigarro en la recámara. El silencio le cayó bien y le sobrevino el sosiego y de nuevo la esperanza (posiblemente hoy ella regresaría). Cerró los ojos a la tarde indolente que lo observaba desde la ventana y se fue quedando dormido mientras un ligero temblor le iba entumiendo cada parte del cuerpo.

Despertó asustado como si hubiera tenido una pesadilla que lo persiguiera hasta la vigilia. Mientras iba a buscar a Alejandra vio a los niños tranquilos, casi embrujados bajo los árboles del solar. Buscó a Alejandra y la encontró dormida en el sofá del estudio. Se sentó junto a ella y respiró. Olía a manzana, a manzana verde y fresca. Tal vez nunca se había llevado a la nariz una manzana verde para identificar el olor correcto; pero el aroma de Alejandra lo llevaba a la imagen de una manzana verde

y fresca. La cosa era, tal vez, que le agradaba el perfume favorito de Alejandra. Aprovechó el momento e inhaló con fuerza recordando que ella lo usaba cuando estaba a punto de ausentarse en un nuevo intento por llegar a sí misma. Respiró otra vez profundamente y se mareó. De repente el olor lo llenaba de vértigo. Quería mantener la calma, pero las cosas comenzaban a moverse por su cuenta. Mareado estiró los brazos intentando atraparlas en el aire y se desmayó. Al recuperarse ella aún permanecía dormida y él estaba exhausto como si hubiera huido largamente de un mal sueño que lo estuvo persiguiendo hasta las puertas de la vigilia.

Si algo le molestaba eran los mareos. Se sentía mal, no físicamente, sino de otra forma. Como si perdiera una batalla cada vez que se enfrentaba al olor del perfume de Alejandra. Sentía que los niños lo habían estado observando mientras perdía el control de sí mismo y comprendieran que su padre había perdido un juego que de antemano sabía imposible de ganar. Había una sensación de fracaso en todo eso; la idea de que siempre al respirar profundamente la manzana verde de Alejandra una fuerza misteriosa no lo dejaba perpetrar el perimetro y lo arrojaba con violencia a los dominios del mareo.

A pesar de todo, la tarde siguió avanzando. Alejandra despertó y se asomó a la sala. Allí estaban los niños y Heraclio quienes la miraron como si fuera la imagen de una película vista muchas veces. Se regresó al sofá e intentó dormir de nuevo; pero al parecer no pudo porque tomó un libro de Jane Austen y encendió un cigarro. No se puso a leer, colocó el libro sobre sus piernas y fumó intensamente. Algo de tabaco le quedaba entre los labios porque a cada fumada se ayudaba con la len-

gua para removerlo y escupirlo sobre el tapete. Cerraba los ojos para pensar en algo y después fumaba de nuevo repitiendo lo que ya había hecho antes.

En la sala los niños terminaban sus deberes y se disponían a jugar. Ellos querían un partidito de fútbol; pero él no quería salir de la casa estando Alejandra como estaba. Por fin los convenció de jugar a la lotería. Preparó palomitas y los niños se entretuvieron casi olvidando el juego absurdo de su madre. De vez en cuando uno de ellos la recordaba y se asomaba al estudio para ver cómo seguía. Alejandra todavía fumaba con el libro sobre las piernas y escupía, después de cada fumada, el tabaco que le quedaba entre los labios.

Cuando Heraclio la conoció no se enteró de buenas a primeras de sus recogimientos, como le llamaban sus padres, hasta una tarde en la que habían planeado asistir a un baile a la orilla del río. Fue por ella y no estaba dispuesta. Así la pone a veces una canción o un poema, le dijo el padre. Incluso las historias, intervino la madre; pero no hay que preocuparse mucho porque lo que parece durar para siempre es lo que más corta duración tiene en la realidad. Heraclio no entendía bien las palabras de la madre de Alejandra; aunque estaba casi seguro de que le estaban diciendo otra cosa entre las palabras de la frase que había enunciado. Estuvo escuchando la misma canción toda la tarde. La dejamos porque no sabíamos que vendrías hoy por ella. No estábamos enterados de su ida al baile. Por eso la dejamos. No te preocupes Heraclio, es bueno para ella, como que la tranquiliza de algo que a veces trae retumbándole en el pecho. No sabemos lo que es, pero como que después de sus recogimientos se calma. Se ve incluso más livia-

nita. Eso... más liviana, como si en lugar de ponerse a pensar en las cosas que hará en la vida, se alejara para deshacerse de las preocupaciones.

Heraclio los escuchaba sentado en la sala mientras fumaba al igual que el padre. Oía; pero su atención no iba más allá del humo del cigarro. Pensaba en ella y la distancia hasta ella. Se imaginaba que de alguna forma se le estaba disipando como las volutas de humo que lanzaba después de cada fumada. Lanzaba volutas espesas, lo más espesas posible y las veía difuminarse poco a poco hasta que no quedaba de ellas nada. De pronto al lanzar otra al aire caía en cuenta de que los padres le hacían una pregunta o un comentario cualquiera. Contestaba o decía algo sin mucho interés y para cuando terminaba de decirlo dirigía su atención a la bocanada de humo lanzada anteriormente sólo para darse cuenta de que estaba a punto de desaparecer, al igual que las otras.

Con el tiempo se fue acostumbrando a esos momentos. Que en verdad no eran muchos y que poco a poco fueron espaciándose hasta volverse casi imperceptibles. Un día le preguntó qué es lo que sentía mientras se alejaba. Ella lo miró como si no lo reconociera pero segundos después le dijo, sin responder a la pregunta, que a veces era un simple poema o una canción diciéndole que estaba dormida (aunque en realidad no lo estaba) que debía hacer un esfuerzo por despertar (aunque en realidad ya lo estaba) y que en ocasiones se trataba de un antojo de silencio que no podía soportar. ¿Entonces se trata de un antojo Alejandra? Ella lo miró como si se fuera alejando hasta convertirse en un pequeño punto en el horizonte; pero de inmediato le contestó (con una respuesta que correspondía quizás a una pregunta dife-

rente): no te preocupes tanto, las cosas seguirán bien entre nosotros dos. Él no insistió porque las miradas que ella le obsequiaba lo hacían sentir pequeño. En cambio ella lo miró de tamaño natural. A partir de entonces él no volvió a preguntar nada. Evitó el asunto a pesar de que se volvió a presentar al inicio del matrimonio y los embarazos. Se fue haciendo a la idea de que en algún momento de sus vidas ella no estaría por cierto tiempo en el mismo presente que compartían; de que a pesar de que estuviera junto a él, ella estaría en otro lugar, en otro momento que es, al final de cuentas, como decir casi lo mismo; pero con otras palabras.

Cuando ella regresaba, por así decirlo, se mantenía en un silencio que disfrazaba con la lectura. Leía y releía a Jane Austen. Era el bálsamo del regreso. Cuando la veía con Austen él sentía la confianza de acercarse a ella y decirle cualquier cosa para iniciarla en la conversación. Los niños, la comida desabrida y la vida diaria que era como un cable de alta tensión que los mantenía a todos conectados al presente. Ella lo escuchaba con toda la paciencia del mundo sin mirarlo; sin apartar los ojos de Austen. De pronto acariciaba los cabellos de Heraclio sin dejar de mirar al libro y fingiendo la lectura o leyendo en serio con la firme idea de que era el pretexto ideal para disfrazar al silencio.

Cuando conoció a Heraclio, Alejandra aún desconocía el motivo que la hacía alejarse de las cosas; aún no sospechaba de las ansias que la obligaban perentorias a estar sola; de esas que muchos años después la enraizarían al silencio de sus frases; que una a una sobre el papel le darían el sentido a su vida.

En aquellos días, Alejandra era ajena a la palabra y al ritmo. Solamente quería estar sola y dejarse masticar en el paraje solitario de sus silencios. Allí acudía como un animal extraviado a pastar y a convertirse en ellos. Porque ellos, a pesar de todo, crecían al compás de los horizontes que inventaba con una mirada equivocada, porque no sabía dónde mirar, dónde crecer y creía que ignoraba cómo despertar.

Ella no tenía plena conciencia de cuándo había comenzado todo. Siempre que recordaba algún momento de ausencia se daba cuenta de que había otro en un diferente lugar y en otro tiempo, que es como decir que se trataba del mismo instante y en un idéntico sitio; aunque sí sabía que una mañana regresó de uno de sus silencios convertida en frases: como si hubiera soñado que no era sino una serie de letras acumuladas al azar frente al espejo, dichas al viento en palabras despedazadas encajándose injustamente en el reflejo, barro crujiente o polvo de estrella horadada por el tiempo, uña y cabello insertados en la carne de alguna costilla sin hueso.

Pero dónde comenzó todo para ella: en el silencio o en la conciencia de saberse una serie de palabras rotas contra el cristal de su existencia. Fue en un despertar de almendra; un despertar sin recuerdos. Una madrugada vuelta al futuro, en la que sin poder recordar el silencio que más tarde la envolvería, se aferró a sí misma para no ausentarse de nuevo. Tenía desde entonces la sensación del odio a flor de piel. Por doquier encontraba una razón para sentirse ofendida, desde la sábana enredada entre sus piernas hasta el cuerpo lleno de palabras que la habitaban sin razón aparente. Para ella todo era una afrenta, las páginas del libro que no había leído

últimamente, el corazón estable a cal y canto, las canciones ladrando a su costado, la sensación de una voz inalcanzable mordiéndole el oído y la idea de haber pasado por un lugar lleno de olvidos sin poder hacer nada al respecto.

Un día le dijo a Heraclio que se había imaginado en forma de poema y que esa era en realidad la única manera que tenía de soportar la idea de estar viva, de no volverse loca en medio de esas dos partes en las que se le había dividido el mundo; dos fragmentos totalmente ajenos e inseparables entre la fantasía y el silencio. Él no dijo nada y aceptó el discurso de ella con la esperanza de que pasara mucho tiempo antes de que se diera el siguiente silencio. Allí en ese preciso instante surgió el fantasma del verdadero amor que había entre los dos. Ella se había dado cuenta: el amor era el principio de las cosas que se iban muriendo inevitablemente. La luz que se propagaba en el universo hacia el camino de su propia extinción. El amor era el beso de cada mañana bajo el acuerdo tácito de que atrás de cada boca había un animal, agrietado por los días, intentando encontrar la eternidad en la saliva del otro.

Él se limitaba a esperar los silencios y su paso martirizante. A veces se quedaba toda la tarde viéndola, siguiendo el consejo que ella le dio alguna vez: imagínate que estoy dormida y déjame descansar. Espera a que pase el tiempo y regresaré. Siempre regresaré, a menos que encuentre la forma de no hacerlo. Entonces será la felicidad o algo así, todos estaremos tranquilos sabiendo a qué atenernos como el principio de una nueva historia, una vida en forma, una canción que podremos escu-

char una y otra vez sin la preocupación de que acabe de repente o de que nos enfade de una vez para siempre.

Por esa razón aquella tarde, mientras los niños seguían jugando, fue al estudio y al verla con Austen sobre sus piernas dejó crecer una leve esperanza. Así comenzaban sus regresos del silencio. De pronto se sintió invadido por el desasosiego de saberla libre de las reglas del mundo, embarcada para siempre en la búsqueda de algo que se le pegaba al alma insistentemente. Por eso sentirla en el camino de regreso era darse cuenta de que no todo estaba bien para ella porque regresaba a la tradición, a la agonía, a las costumbres diarias de la vida.

No la molestó por el resto del día. Durmió a los niños y fue a la cama. Sintió la tibia quietud de Alejandra junto a él mientras cerraba los ojos a la noche. Por la mañana ella no estaba en el cuarto. Tal vez había salido a caminar (algo que no tenía nada de raro). El libro de Austen no estaba en el estudio ni en la mesa ni en la recámara. Tal vez salió a la plaza o al río y se lo llevó para leer un rato (algo que tampoco tenía nada de extravagante). Llevó a los niños a la escuela y después se fue a trabajar al molino de azúcar. La caminata lo ayudó a despejarse un poco. En el trayecto sintió el golpe del viento que le congelaba la cara y pensó en Alejandra leyendo a solas en el parque helado. Por un momento tuvo la intención de ir a buscarla; pero algo lo distrajo y la fue olvidando mientras el frío recorría su rostro casi entumecido.

Regresó al mismo tiempo que los niños. Entraron a gritos buscándola; pero ella no estaba en ningún sitio. Se miraron a los ojos, calladitos, los tres en silencio esperando que apareciera de improviso. La cosa era sencilla:

ella no estaba allí en la casa y posiblemente no podían seguirla hasta donde había ido.

Tenían hambre y se dirigieron al comedor casi por inercia. Allí se encontraron el libro de Austen, que Alejandra tenía la tarde anterior, haciéndoles un guiño desde el centro de la mesa. Estaba sobre un papel manuscrito, una pequeña hoja en la cual se podían notar algunas letras. Heraclio la tomó y comenzó a leer en voz alta lo que parecía una fórmula, una sentencia, una serie de palabras que conformaban un poema. Mientras él leía oralmente las cosas le comenzaron a rodear. Le daban vueltas y más vueltas. Un olor profundo a manzana verde se adueñó del lugar. Intentó parar la lectura; pero los niños le gritaban a voz de cuello que siguiera. Comenzó a caer lentamente observando el paso a paso de la escena. Los niños cantaban y reían mientras casi aullando le pedían que no se detuviera, que siguiera en su lectura. Parecían haber descubierto una forma diferente de jugar. Una canción de luna insólita se posaba sobre ellos y los llevaba de la mano al otro lado de la tarde; al otro lado de ellos mismos. Heraclio sólo veía intermitentes imágenes en éxtasis de los niños. Entonces comprendió e inventó el llamado, el anuncio del final. Dejando de luchar contra sí mismo se entregó en cuerpo y alma al desmayo, cerró los ojos al presente sin Alejandra y abrió sus sentidos plenamente a una nueva especie de felicidad.

Para Argelia Chávez

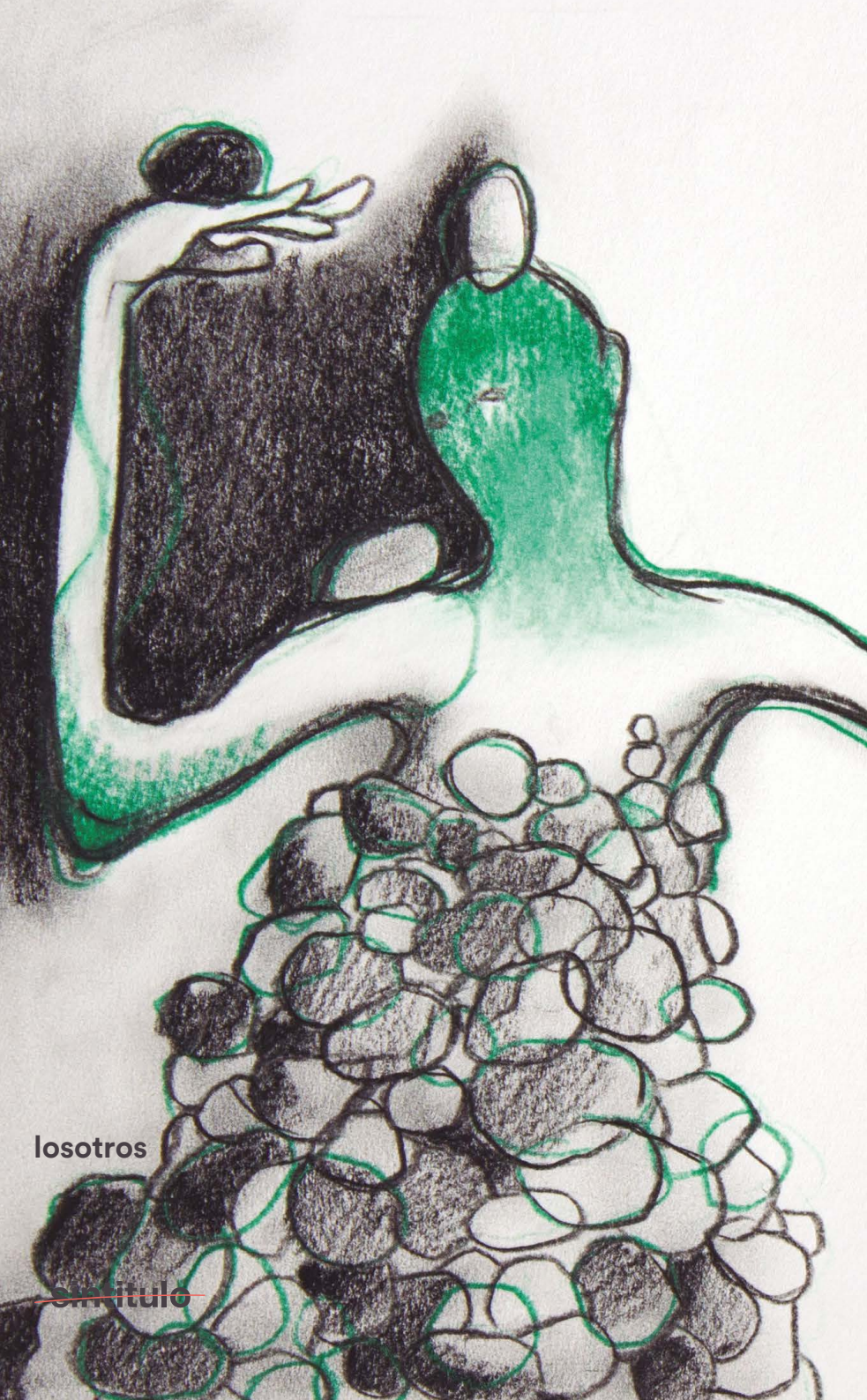
×

Las “presencias invisibles” se terminaron de dibujar e imprimir en el mes de enero del año 2021 en los talleres de Gráfica 414, ubicados en la calle Penitenciaría 414, Colonia Mexicaltzingo, C. P. 44180, en la ciudad de Guadalajara, Jalisco, México. Para su composición se utilizaron las tipografías Circular STD bold y book, y la familia tipográfica Century Schoolbook. Los forros se imprimieron en papel Opalina crema 225 gramos para portadas y Color plus negro y gris 80 gramos y Albanene blanco 185 gramos para guardas, interiores impresos en Bond cultural 90 gramos. El tiraje fue de 200 ejemplares. El cuidado de la edición se encontró a cargo de AL y del autor, el arte de cubierta y viñetas fueron dibujadas por Edgar Cobián, el diseño y la composición digital fue trabajada por Mónica Pelayo, los terminados de impresión fueron coordinados por Impronta y Gráfica 414.

Primera impresión conformada por una edición de 200 ejemplares con veinte de los mismos firmados y numerados por el autor:

del 01 al 20





losotros

entitule